

LA GUERRA DE 1914-18 VISTA POR *LA NOVELA CORTA* (1916-25)

ROSELYNE MOGIN-MARTIN
Université d'Angers

RESUMEN:

A pesar de no preocuparse de cuestiones de actualidad, la colección *La novela corta* (1916-25) dedica varias novelas a la guerra de 1914, y a las guerras en general, de las que se pueden extraer ideas difundidas en el amplio público lector de esta clase de literatura. La guerra es un acontecimiento profundamente negativo, en el que se sacrifica inútilmente a la juventud de un país, en detrimento de su futuro, y que permite dar rienda suelta a los peores instintos de cada hombre. La colección expresa entonces seguramente el sentimiento del ciudadano medio, que no quiere morir por la patria, sino vivir en paz.

Sin embargo, existe también la percepción de que, en esta gran conflagración que estalla en 1914, se forja la Europa del mañana, una Europa tal vez más libre e igualitaria, a cuyo margen no quieren quedar los españoles.

PALABRAS CLAVES:

Colecciones literarias. Guerra del 14. Denuncia de los horrores de la guerra.

RÉSUMÉ:

Bien qu'elle ne se préoccupe pas de questions d'actualité, la collection *La novela corta* (1916-25) consacre plusieurs courts romans à la guerre de 14 et aux guerres en général, dont on peut extraire des idées diffusées dans le large public lecteur de ce genre de littérature. La guerre est un événement profondément négatif, où la jeunesse d'un pays est inutilement sacrifiée, au détriment de son avenir, et qui permet de laisser libre cours aux pires instincts de chaque homme. La collection exprime alors sûrement le sentiment du citoyen moyen, qui ne veut pas mourir pour sa patrie, mais y vivre en paix.

Cependant, il existe également le sentiment que, dans ce grand conflit qui éclate en 1914, c'est l'Europe de demain qui se forge, une Europe peut-être plus libre et égalitaire, dont les Espagnols ne veulent pas être exclus.

MOTS-CLÉS:

Littérature de grande diffusion. Guerre de 14. Dénonciation des horrores de la guerre.

Buscar en una «colección literaria» o «revista novelera» como *La novela corta* una visión de la primera guerra mundial puede parecer, a primera vista, una idea algo peregrina, ya que, si seguimos la clasificación de Alberto Sánchez Álvarez-Insúa en

su ensayo de referencia,¹ ésta pertenece a la categoría de las colecciones que podríamos calificar de «generalistas». Dichas colecciones no tienen una intencionalidad política precisa, como tampoco son eróticas ni se dedican a un tema en particular: pretenden solamente, siguiendo el modelo iniciado con *El cuento semanal*,² ofrecer buena literatura, preferentemente inédita, a buen precio, poniendo así la cultura al alcance de todos los españoles.

Si tales pretensiones no están en un principio totalmente reñidas con el interés por la actualidad, no tenemos más remedio que comprobar, después de haber realizado minuciosos análisis,³ que este interés es escasísimo en *La novela corta*: sin su fecha de publicación, resulta imposible situar una novela en la continuidad de los diez años de publicación y están totalmente ausentes en las ficciones novelescas los grandes acontecimientos del período, como la guerra en Marruecos o la instalación en el poder del general Primo de Rivera. Tampoco están muy presentes los problemas sociales permanentes –caciquismo, corrupción del sistema político, dificultades de vida de los humildes, etc.– como tema principal de las novelas. Dichos temas, cuando aparecen, lo hacen indirectamente a través de las dificultades que están viviendo determinados personajes. Por lo tanto, y dado que la mayoría de las novelas tiene como tema una historia de amor, lo que más aparece son los problemas relativos a la condición femenina de aquel entonces: la dificultad de la mujer para conquistar su independencia económica y su triste situación si se queda soltera o está mal casada. Hay también cierta presencia de novelas históricas, en las que se puede a veces suponer que hay alusiones indirectas a la actualidad, o por lo menos juicios sobre ella, pero la verdad es que dichas alusiones resultan muy veladas y que la utilización de la Historia es más bien un ingrediente de exotismo, para entretener al lector.

Justamente por este desligamiento casi completo de la actualidad, y aunque sean numéricamente pocas, toman especial relevancia las novelas que tratan explícitamente de la contienda de 1914. Son seis en las que esta guerra ocupa un papel estructurante en la intriga novelesca y se publican entre 1917 y 1923, lo que muestra la permanencia de la preocupación, más allá de los hechos.⁴ A éstas hay que añadir

¹ Alberto Sánchez Álvarez-Insúa, *Bibliografía e historia de las colecciones literarias en España (1907-1957)*, Asociación de librerías de viejo, Madrid, 1996.

² Para más información, cf. el número que le dedica en su centenario la revista *Monteagudo*, 3ª época, nº 12, 2007. Cf. también el libro de B. Magnien *et al.*, *Ideología y texto en El cuento semanal*, Ed. de la Torre, Madrid 1986.

³ Cf. Roselyne Mogin-Martin, *La novela corta*, CSIC, Madrid, 2000 (col. Literatura Breve, nº 4).

⁴ La práctica del «refrito» –así llama F. C. Carlos Sainz de Robles al hecho de vender como inédita una novela que no lo era, con ligeras modificaciones– era una práctica frecuente en *La novela corta* y en colecciones literarias del mismo estilo. Sin embargo, si la revista publica, varios años después de los hechos, novelas sobre el tema, será porque considera que sigue interesando a sus lectores.

otras dos en que la guerra del 14 es un telón de fondo prescindible para una intriga que podría existir sin ella. Sin embargo, esta presencia accesoria no deja ser significativa del interés que seguramente despierta la guerra en el lector, sobre todo que la primera de estas novelas es el número 4 de la colección, y la firma una escritora prestigiosa, Emilia de Pardo Bazán.

Como se sabe, España no participa en la primera guerra mundial, y esta neutralidad corresponde a una fuerte voluntad popular. No hay que olvidar que a los españoles de la época no les han faltado ni les están faltando ocasiones de «morir por la patria» en otras tierras, sean cubanas o marroquíes, y que muchos han expresado repetidas veces su disconformidad con ello. Sin embargo, aunque no quieran hacer una «Gran Guerra» que no consideran como la suya, no por ello se desinteresan del asunto, ni se privan de opinar. Y nos parece interesante determinar esta opinión a través de una colección de literatura de gran divulgación como *La novela corta*. Esta no tiene afiliación política –aparte de su ambición de «cultivar al pueblo»– y, sin el respaldo de un partido, no tiene más remedio que vender mucho para ser rentable y seguir existiendo. Se puede entonces suponer que la visión que da de un asunto es objeto de un amplio consenso entre su público lector. Éste, como hemos podido determinarlo estudiando la publicidad comercial que contienen sus contraportadas, se compone mayoritariamente de gente de clase media-baja.

Los buenos y los malos: una visión aliadófila

Quien dice guerra, dice enfrentamiento entre dos bandos o países, portador cada uno de determinados valores incompatibles con los del contrario, y en 1914, según *La novela corta*, se enfrentan esencialmente los franceses y los alemanes, tanto en las famosas trincheras del norte y del este como en terrenos exteriores.

Cabe notar primero que el observador de la situación es generalmente un español, es decir, que pertenece a una nación neutral, pero observa principalmente desde el campo francés, lo que orienta inevitablemente su visión. La heroína de *Pasiones* es una enfermera francesa y la autora de la novela, la española Carmen de Burgos, firma explícitamente su trabajo en *Villemomble-Paris 1917*, lo que da a su relato aspectos de reportaje y confiere a Solange, la enfermera, el papel de portavoz de la autora. Y se presentan claramente como reportajes hechos por periodistas españoles desde el lado francés *Corresponsal de guerra* y *La gesta de la legión*, por lo que la empatía con el campo francés se convierte en una evidencia. *La aventura de Margot* no tiene ni por asomo el aspecto de un reportaje, pero la heroína es francesa, su hermano ha muerto en los combates y se siente naturalmente solidaria de sus compatriotas.

La perspectiva no es tan evidente, pero tampoco tan diferente, en las dos otras novelas. *La patria azul* pasa en terreno neutro, un barco italiano, con marineros italianos y un español, que boga rumbo a México. Pero el que provoca la catástrofe final es un espía alemán, que ha abusado de la buena fe de la tripulación. El mismo título de otra novela, *Kultur und Liebe*, parece anunciar una perspectiva contraria que desmiente la lectura de la obra. Claro que el narrador, científico español, intercambia cartas con un amigo y colega alemán Engels, y por él se entera de algunos episodios de la guerra desde una perspectiva alemana. Pero los horrores que vive, y sobre todo su amistad con una familia belga, de cuya hija mayor está enamorado, llevan a Engels a vivir toda clase de aventuras y a renegar del nacionalismo belicista de su pueblo, con el que congeniaba al principio. Y, para los lectores que no entienden el alemán, se precisa el significado del título: «cultura y amor», los verdaderos valores que también tienen que encarnar los alemanes, que han sido los agresores y los responsables de tanto horror.

La posición aliadófila de *La novela corta*, sugerida por la situación geográfica del narrador de cada novela, se va precisando con su lectura. Solange, la enfermera de *Pasiones*, no tiene razonamientos abstractos sobre la razón y el derecho en esta guerra, pero profundamente conmovida ante la avalancha de heridos que llegan a su hospital, no puede dejar de pensar:⁵ «A la vista de aquellos dolores, su corazón latía de odio hacia los causantes de tanto mal. ¿Quiénes eran? No se atrevía a determinarlo, pero habría aniquilado una raza entera para salvar a otra».

En *Corresponsal de guerra*, el reportero español hace una descripción que quiere ser neutral de los campos de batalla, cuyo aspecto apocalíptico e infernal subraya. Pero se designa implícitamente al culpable, el alemán que ataca, mientras el francés se contenta con resistir, a cambio de correr muchos riesgos y de llevar una vida infrahumana, como rata en un agujero. Y frente a los agresores de su patria, los franceses saben hacer un bloque, callando sus sentimientos e ideas personales:

Uno por uno, aisladamente, tanto los soldados como los demás ciudadanos, no quieren, no querían la guerra. Si de la voluntad íntima –inconfesable– aislada, libre, de cada uno dependiese haría la paz a cualquier precio. Sin embargo, todos juntos sostienen la campaña obstinadamente. Al partirse de sus hogares, lo hicieron renegando en el secreto de sus conciencias. Lo hicieron por deber, por coacción de las leyes y acaso alguno con un recóndito y muy oculto rencor a la Patria que exige tan grandes sacrificios. Mas al perder su individualidad, pasan a ser átomos de un todo cuya cohesión es irrompible.⁶

⁵ *Pasiones*, pág. 8

⁶ *Corresponsal de guerra*, pág. 12

El periodista español –o presentado como tal–⁷ de *La gesta de la Legión* va más allá gracias a la especie de encuesta que lleva a cabo sobre las motivaciones de los voluntarios españoles para alistarse en la legión del lado francés. Hay entre ellos gente muy variopinta («Un coronel, un cura, un revolucionario») que no vinieron, como dicen sus enemigos, para satisfacer sus instintos guerreros, sino para defender cierta idea de Francia, víctima de la barbarie teutona, dejando bien claro quién, de ambos beligerantes, tiene razón:

Porque Francia, en su compleja constitución moral, encarna al mismo tiempo todos los grandes anhelos del espíritu moderno: los de la democracia y los de la disciplina espiritual, los de la tradición y los de la utopía. [...] Contra el feudalismo militar, contra las teorías del dominio universal de la fuerza, todos los que creen en el Derecho se unen en una concentración de ideas espirituales.⁸

En *La patria azul*, el espía alemán es un individuo siniestro que no duda en burlar la buena fe y el espíritu de solidaridad de los demás marineros y, cuando ve que ya saben quién es y no se dejan corromper, no duda en incendiar el barco, provocando la muerte de todos. ¡Difícil, en este caso, que piense el lector que los alemanes están en su derecho en esta guerra!

La cosa se presenta de forma un poco más sutil en *Kultur und Liebe*. El naturalista Engels, amigo del narrador, es una buena persona, es un científico de mucha valía, pero no deja de ser un alemán que, como todos, cree en la superioridad de su «raza», y así lo dice en la carta que escribe a su amigo español después de haber participado en la invasión de Bélgica: «Aquí vencemos... a una humanidad decadente y viciosa, sustituyéndola por un cielo nuevo y una tierra nueva, cual la cantada por ‘El apocalipsis’... ¡Cuán grande nuestro Kaiser! ¡Cuánto más grande aún la vieja tierra alemana que tales hombres produce!». Pero así comenta esta carta el amigo español:

Y por este tenor continuaba el dulce sabio de antaño, de cuerpo gigantesco, cabeza cuadrada y sencillez de niño. El sentimiento colectivo de su guerrera raza, en plena embriaguez de triunfo, había hecho sin duda otro hombre; un triste superhombre nietschiano, del pacífico naturalista de Bonn...⁹

⁷ El relato es en primera persona, lo que hace que el lector identifica al narrador con el autor, Enrique Gómez Carrillo, que es guatemalteco. Sin embargo, lleva muchos años viviendo en Europa y en este relato adopta el punto de vista de un español.

⁸ *La gesta de la legión*, pág. 11

⁹ *Kultur und Liebe*, pág. 7

Este comentario bien muestra que el español desapruueba las ideas y la actitud de Alemania, pero el mismo Engels va a llegar en breve a hacer su autocrítica y la de su país. Los horrores que ha vivido durante la ocupación de la ciudad de Charleroi hacen que reniegue de su belicismo anterior, buscando su salvación espiritual en la iniciación a religiones orientales. Cuando vuelve a España, a finales de la guerra, su lema es ya el del título: *Cultura y amor*.

Lo malo es la guerra

En efecto, la insistencia en los horrores de la guerra es un tema común a todas las novelas del corpus, un tema tratado de una forma al mismo tiempo múltiple e idéntica.

La primera manifestación del horror son los campos de batalla y Víctor, el periodista de *Corresponsal de guerra*, los describe tal como los ve a su llegada al amanecer:

Así es el cuadro desnudo, frío y tétrico escenario de la muerte. Los árboles que poblaban las laderas están tronchados, desgajados, desesperadamente doloridos en sus inmóviles contorsiones y trocaduras; muchos cayeron a cercén cortados; otros se quebraron por el tronco y humilian la ramazón; algunos muestran péndulos sus vástagos mutilados que una fibra sostiene todavía.¹⁰

Pero la incipiente luz del día va revelando sin precauciones metafóricas la horrible realidad del sufrimiento y de la muerte masiva:

Los muertos motean el fondo oscuro de este valle de desolación. Son muchos: están desperdigados y yacen en las más dislocadas posiciones; los más tienen los brazos abiertos como en espera de abrazar no sé a quién; otros, boca abajo, parecen pedirle a la tierra piadosa que les reciba en su seno, ya que no pueden los humanos darles sepultura; los hay que están enroscados, quedados en la última torcedura de su dolor. Otros no son muertos completos; los brazos, las piernas, las cabezas que les faltan, arrancadas por el mordisco de la metralla, no se encuentran.¹¹

¹⁰ *Corresponsal de guerra*, pág. 7

¹¹ Id.

Cuando se reanuda la batalla, el periodista le niega la grandeza épica que pueda tener para algunos observadores y se centra nuevamente en el terrible coste humano de la misma:

Estas bombas formidables, al final de su parábola siniestra, tocan en el suelo, rebotan y un segundo se las ve pivotar sobre su espoleta. Inmediatamente explotan estentóreamente, arrancando toneladas de tierra, de piedras que se alzan en negro mechón como tapones de cráteres. Las lajas desprendidas suelen constelar en el breve vuelo a unos peles, a unos muñecos que pernean y manotean en el aire y caen y se destripan... y no se mueven más. Luego, cuando la humareda se disipa, el agujero aparece rodeado de hombres convulsos, que patean en rápido, crudelísimo estertor. Estos no volaron y tardan unos segundos más en morir. [...]

Esto era la batalla. ¿Hay modo de describirla bellamente?

¡Oh, mis sueños de gloria! La literatura que haga los anales de la actual hecatombe habrá de ser escueta, rígida y abstrusa como un tratado de álgebra superior. He aquí la fórmula de una acción: N (proyectiles) + n (volumen de tierra removida) + n (cadáveres) = X .¹²

El horror de los campos de batalla tiene su prolongación en los heridos amontonados en los hospitales de campaña, que son el tema casi único de la novela *Pasiones*. La joven Solange, en el entusiasmo de los primeros días de la guerra, se alista como enfermera voluntaria, presa del entusiasmo patriótico que sacude Francia en el mes de agosto de 1914:

Así, como la de otras tantas, nació la decisión de Solange. Así se sintió arrastrada hacia el hospital y experimentó el deseo de dedicarse a curar heridos. Era el deber de las mujeres. Ellas eran las madres, las hijas, las hermanas, las compañeras del soldado, y no debían resignarse a lamentar su suerte, debían ayudarle. Prestar sus servicios cada uno como pudiera; que no hubiera mujeres emboscadas, como no debía haber hombres emboscados. No era ocasión de llorar y permanecer inactivas cuando su esfuerzo era necesario.¹³

Para Solange y sus compañeras este compromiso es bastante abstracto, hasta el momento en el que llegan los heridos, de los cuales hace Carmen de Burgos una descripción cruda:

Veía (Solange) pasar en las camillas unos con los párpados cerrados y la cabeza envuelta en trapos manchados de sangre...; otros con los ojos abiertos, espantados, llenos de

¹² *Corresponsal de guerra*, págs. 8-9.

¹³ *Pasiones*, pág. 2.

agonía; otros delirando, presas de la fiebre; algunos que le parecían demasiado cortos atrajeron su atención. ¡No tenían piernas! Al destapar a otros aparecían los muñones que quedaban de sus brazos.

Casi todos gemían, y los que se callaban impresionaban más aún porque parecía que no tenían lengua para quejarse. Sólo uno de aquellos doscientos hombres entró por su pie, apoyado en el brazo de una enfermera.

Ella no sabía cómo había podido ayudar a todo; cómo sus manos habían tocado todas las llagas y todas las miserias... sin asco... sin repugnancia... sin falso pudor. ¡Cómo debían haber sufrido aquellos hombres heridos, desde el campo de batalla, para llegar allí! Algunos pedían que los matasen en el camino para no sufrir más. [...]

¿Y eran aquellos hombres destrozados, mutilados, moribundos, que gemían allí, todos aquellos jóvenes fuertes, sanos, que partieron cantando la Marsellesa, tan llenos de vida y entusiasmo?¹⁴

Solange, a pesar de lo durísimo de su tarea, cumple, como buena enfermera y como persona de corazón que es. Hace todo lo humanamente posible para salvar a los heridos y darles nuevamente las ganas de vivir, hasta creer que corresponde al amor que le profesa un herido grave y acepta ser su esposa. Cuando éste muere, se da cuenta de que lo que había creído ser amor no era más que compasión, pero no por ello deja de dar a todos el consuelo de su ternura y de su sonrisa.

Entre las multitudes de heridos que siguen llegando, Solange se enamora de otro, Román. Gracias a su dedicación, éste se salva de la gangrena y de una amputación, al parecer del herido más terrible que la muerte. Román va convaleciendo y los dos novios conocen, a pesar de lo duro del ambiente del hospital, un período de felicidad. Sin embargo, con la salud recobrada viene la hora de volver al frente, lo que hunde a Solange en las terribles meditaciones con las que se cierra la novela:

El sentido de la vida, el amor a la patria, el concepto de la humanidad, todo cambiaba en este hospital frente al dolor y la muerte, y sin embargo, sus prejuicios estaban tan arraigados que se horrorizaba de su propio corazón, capaz de albergar aquellos sentimientos nuevos. A pesar suyo se preguntaba desorientada, vencida, en qué consistía el deber y si ella debía haberlo salvado de la amputación. Si debía haberlo conservado para ella en vez de devolvérselo a la Patria, si debió haber agravado su herida en vez de curarla.¹⁵

Meditaciones que representan, seguramente, las ideas que tanto Carmen de Burgos como otros quieren transmitir a sus lectores: detrás de toda guerra, por muy justa

¹⁴ *Pasiones*, pág. 6.

¹⁵ *Pasiones*, pág. 24.

y heroica que les parezca a algunos, hay vidas humanas sacrificadas, vidas jóvenes, perdidas para sus novias, sus familias y su patria. ¿Vale la pena pagar un precio tan tremendo?

Con algo más de distancia se aborda un tema semejante en la última novela sobre el tema en la colección, *La aventura de Margot*. La guerra en su país obliga a esta joven francesa que vive en Tarbes a replegarse al País Vasco español y destroza lo que era, hasta entonces, su universo. Su padre ha perdido con la contienda tanto su puesto de director de hotel como sus ahorros y sobrevive, en una situación precaria, con la madre. Margot, lejos de su familia, se ha creído las promesas de amor y de matrimonio de un joven español que la abandona para casarse con una rica heredera, después de unos meses de vida común en Madrid, y allí recibe la noticia de la muerte de su hermano Jacques, en la batalla des Ardennes. Las capacidades intelectuales de Margot son limitadas, pero su corazón está lleno de buenos sentimientos y lo que piensa ella representa, de alguna forma, el buen sentido popular:

Recordaba Margot unos versos de Charles Péguy que había leído poco antes de venir a España:

‘Heureux ces qui sont morts pour une terre charnelle;
mais pourvu que ce fut dans une juste guerre..’.

¡Ah, sí, felices los que morían en una justa guerra, ante Dios y ante la Patria; justa y noble era la guerra de Francia por la defensa de su territorio; pero desgraciados los que no habían cumplido su destino, porque no habían podido crearse un hogar, o lo habían dejado sumido en el desamparo, como un nido cálido que una borrasca derriba!...

Su espíritu limitado y sentimental de mujer no comprendía bien las ideas generales, y no podía apreciar el mérito de la muerte honrosa por la patria, sobre el campo sembrado de cadáveres de semejantes suyos... ‘Ah ces boches, les méchants!’ –clamaba Margot desesperada–; pero luego, en su alma femenina, entraba un hálito de compasión por las madres alemanas que allá en una remota aldea de la Baviera o de la Westfalia llorarían igualmente hijos muertos en aras de una causa que no comprendían bien...¹⁶

Margot, como mujer y como persona que vive fuera de los campos de batalla –en el suroeste de Francia o en España–, no es un testigo directo de los horrores de la guerra. Sin embargo, a ella también la guerra le ha quitado toda posibilidad de porvenir y de felicidad, lo que explica su suicidio.

Tal vez sería exagerado decir que *La novela corta* tiene un discurso pacifista, pero es preciso reconocer que insiste mucho más en los horrores de la guerra, en sus aspectos negativos, que en sus aspectos heroicos o gloriosos. Éstos sólo los menciona

¹⁶ *La aventura de Margot*, pág. 20.

para desmentirlos después. Al principio, los soldados se van «la fleur au fusil», pero pronto llega la angustia:

En pocos días, todos los hombres movilizados, abandonaban sus familias para lanzarse al combate. Iban con fervor, con entusiasmo, a oponer la muralla de sus cuerpos para impedir el avance del enemigo que, después de arrollar Bélgica, invadía la Francia.

Todos parecían haber olvidado sus afectos más caros para no pensar más que en la patria. Resonaban cantos de guerra y de entusiasmo por todas partes.

«Aux armes citoyens»,

como si fuesen a revivir los antiguos fastos de gloria. [...]

Las primeras páginas de la desesperación se escribían en las estaciones. Cuando llegaba el momento de partir los trenes, con el silbido fatal que daba la señal de la marcha, una ola de desesperación empujaba a las familias.

Un grito como de espanto se extendía por la multitud; todos corrían agitando los pañuelos a lo largo de los andenes, con la esperanza de contemplar más tiempo a los que se iban, mientras una formidable Marsellesa salía del fondo de los coches en movimiento.¹⁷

Claro que Francia, la agredida, no tiene más remedio que defenderse y los franceses han de «cumplir con su deber». Pero éste es doloroso individualmente y eminentemente costoso para la nación porque la guerra significa, inevitablemente, el sacrificio de gran parte de la población joven. Además, se puede dudar de la utilidad de este sacrificio porque, como lo dice Víctor, el periodista de *Corresponsal de guerra*, cuando está en París:

He advertido cuán rápidamente se han creado millares de industrias, negocios y agios que fomentan fortunas fabulosas. Si esto continúa, los Gobiernos, al intentar la paz, van a encontrarse, y tal vez se encuentran, frente a un serio problema: se repetirá el famoso argumento que en España sirve para defender tantos males, como las corridas de toros, las incontables taberns, las casa de juego, las oficinas inútiles y perniciosas. ¿Cómo –se dirá de la guerra– suprimir una cosa que da de comer a tanta gente? ¡Van a quedar en la miseria centenarias de familias!... Yo creo que este enemigo es el principal enemigo de la paz.¹⁸

¹⁷ *Pasiones*, pág. 2. Asimismo, Andrés, héroe de *Un bolchevick*, en el tren que lo lleva camino del frente, subraya el contraste entre el desconcierto de los soldados, hacinados como animales y tratados como tal y los vivos de la gente, vestida como para una fiesta, que recibe este mismo tren en las estaciones.

¹⁸ *Corresponsal de guerra*, pág. 4.

Esta comprobación –fugitiva, pero interesante– refuerza la idea de que la guerra es el mal, ya que el sacrificio que se exige a la población, tanto francesa como alemana, no tiene motivos tan nobles y patrióticos como se suele decir.

Conviene además subrayar que esta idea no es patrimonio exclusivo de las novelas que se refieren a la guerra del 14, ya que hay ocho novelas más que también se refieren a guerras, lo que muestra la preocupación de los españoles por el tema. Algunas son imaginarias, pero otras han existido o existen, como las guerras carlistas o la revolución bolchevique. Sin embargo, no se mencionan las guerras en las que España ha participado o participa directamente, como la guerra de Cuba o la de Marruecos: es seguramente menos comprometedor expresarse sobre principios generales o sobre sucesos lejanos en el tiempo y en el espacio. Pero todas estas novelas, y cualquiera que sea la guerra de referencia, tienen en común la descripción y denuncia constante de sus horrores. En la guerra, se nos dice, la que sufre primero es una población civil inocente, que paga un altísimo precio para que se resuelvan problemas personales de sus dirigentes¹⁹ o triunfen ideas políticas que le son completamente ajenas. Sufren cosas horribles personas buenas que sólo quieren vivir en paz y, asimismo, parece que la guerra, una vez empezada, es una especie de mecanismo infernal que hace que cada hombre o mujer, en lugar de dar lo mejor de sí mismo, da lo peor. Es así como un personaje de *El factor negativo* entrega a la lujuria de los soldados enemigos a la mujer del hombre que lo ha protegido, y es así también como los bolcheviques, al poco tiempo de tomar el poder, resultan tan crueles, feroces y represivos como las tropas del Zar. Ya les ciega la furia guerrera y no son capaces de ver las cualidades de las personas, ni de tomar en cuenta sus acciones a favor del bien y de la justicia. En *Un bolchevik*, la aristócrata a la que Andrés quiere salvar de una ejecución es sólo una muchacha azorada, y Ela, en *Valor y miedo*, aunque es una gran propietaria, siempre ha sido humana y generosa con todos sus trabajadores.

También la guerra ofrece oportunidades a los que no tienen ideales, pero que tienen ganas de venganzas personales o de dar rienda suelta a sus malos instintos. En *El precio de una vida*, no se trata de hacer preso a un enemigo del bando contrario, sino de vengarse de él deshonorando a su novia. Y en *La mula perdida*, la frontera es muy imprecisa entre los combatientes de la causa carlista y los bandidos, que toman pretexto de la contienda para robar todo lo que pueden y hacerse ricos. La guerra les da además una total impunidad: dichas acciones serán el principio de grandes fortunas que permitirán a sus descendientes ser considerados como gente honorable. De todas formas, como se muestra en *La aventura de Isidro*, la guerra es un terreno ideal para que prosperen en ella toda clase de gente poco honrada y recomendable.

¹⁹ En *Episodio de guerra*, por ejemplo, el matrimonio entre los herederos de dos reinos vecinos ha de permitir una paz duradera, pero las desavenencias de la pareja provocan una nueva guerra.

En esta novela, el tono no es trágico, ya que la cosa acaba mal para los bandidos y la víctima demasiado ingenua puede recuperar lo robado, pero el final feliz no cambia fundamentalmente el mensaje.

Y no hay que olvidar que la locura que es la guerra, con todos sus horrores, se denuncia ya desde el primer número de la colección, *Sor Simona*. Lo firma el insigne y famoso autor que es entonces Benito Pérez Galdós, lo que le da todavía más peso. La acción pasa durante la segunda guerra carlista y una religiosa, Sor Simona, a la que unos consideran como loca y otros como santa, va predicando el amor y la concordia. Así contesta ella a los que le hablan de «defender la patria»: «¿Sabéis vosotros cuál es la verdadera, la única patria? Pues la verdadera y única patria es la humanidad». Este mensaje del maestro Galdós resume bastante bien la opinión que le merece la guerra a *La novela corta*, y tal vez a sus lectores.

El parto con dolor de un mundo nuevo

Sin embargo, la visión va un poco más allá del pacifismo elemental y popular, de gente que, sencillamente, no quiere ir a la guerra, un pacifismo semejante al de los «poilus» supervivientes que deseaban que la primera guerra mundial fuera «la der des der». Los españoles, queda claro, han ido obligados a muchas guerras y no quieren hacer la del 1914. Pero, como los demás pueblos, intuyen que en esta conflagración se destruye un mundo y se gesta otro. Por ello plantea un problema su neutralidad que puede hacerles quedar al margen –ideológica y políticamente– de la nueva Europa que está construyendo. Desde los regeneracionistas de finales del XIX, pesa en el inconsciente colectivo español la idea de que España vive al margen del continente y que, para los más pesimistas, «África empieza en el Pirineo». Y queda claro que ser africana –que no es lo mismo que colonizar partes de África– no entra en los deseos de la nación española.

Esta reflexión aparece en filigrana en toda la novela *La gesta de la legión*, cuya problemática parece diferente de las demás novelas de la colección. Como lo hemos visto, en éstas poco se habla de heroísmo militar, y más que héroes hay soldados valientes, sacrificados a pesar suyo a una causa que no siempre entienden. Sin embargo, en la obra de Gómez Carrillo, parece haber una exaltación de los héroes que son los españoles que se han alistado en la legión extranjera francesa para combatir a los alemanes:

El periodista que mejor conoce la gesta de los legionarios, por haberlos acompañado desde el principio de sus empresas, Emile Roux Parassac, escribíame poco hace:

‘La historia de los españoles es la más interesante’.
Y el coronel del primer regimiento extranjero me dice:
‘Todos mis españoles merecen la cruz de guerra’.²⁰

Sin embargo, poco o casi nada se habla en la prensa de los españoles en la legión y Gómez Carrillo propone una explicación:

¿En qué consiste pues que se hable menos de ellos que de los polacos, de los bohemios, de los yanquis o de los sudamericanos? Sencillamente en que en ellos no hay ni grandes artistas, ni grandes intelectuales, ni grandes señores, ni grandes millonarios. Es el pueblo, en efecto, y no la «élite», el que ha acudido de tras los montes para ofrecer a Francia su sangre. Y el pueblo en todas partes sabe hacer la historia, pero no sabe escribirla ni comentarla. Basta leer las cartas de ‘Voluntaris’, que el semanario ‘Iberia’ ha publicado para notar que nuestro contingente en la guerra mundial está compuesto de héroes y no de artistas.²¹

Más allá de las críticas a la «élite» –la misma tal vez que en España se redime en metálico del servicio militar–, hay aquí una alabanza al pueblo español, a las clases bajas, que tienen la generosidad de dar su sangre y que son portadoras de valores de fraternidad y de justicia. Y, aunque les perjudique, porque les hace invisibles, tienen sobre las clases pudientes la inmensa superioridad de su modestia y de su desinterés. Les preocupa actuar y no darse a conocer, mientras la élite, parece decir el autor, hace todo lo contrario. Pero no por ello, y a través de la legión extranjera, dejan estos españoles del pueblo de pertenecer a la Europa que combate en las trincheras.

Lógicamente, la novela se hace eco de muchos episodios de heroísmo guerrero español, en muchas batallas, pero, precisa el autor, lo que caracteriza a los españoles no es el espíritu bélico, sino el deseo de servir a una causa para después volver a lo que eran antes:

Muchos suizos, muchos polacos, muchos holandeses, muchos alsacianos, me han confesado que si logran acabar la campaña como sargentos, harán estudios para llegar a conseguir el grado de tenientes y se consagrarán a la milicia de una manera definitiva. Entre los españoles no hay uno solo que me haya dicho lo mismo. En lo que piensan es en volver a ser lo que eran antes, en irse de nuevo a su tierra, o en establecerse en Francia, o en marcharse a América; pero vestidos de paisano y más orgullosos de sus heridas que de

²⁰ *La gesta de la legión*, pág. 2.

²¹ *Id.*

sus cruces. En el fondo son antimilitaristas, no tienen ningún respeto por las jerarquías, no sienten la superstición de las charretas.²²

No han ido a la guerra para conquistar honores, sino para defender su idea de la civilización y de la libertad. Así, a través de ellos, España está presente en la construcción del mundo nuevo que se prepara y ha ganado su lugar en él, a pesar de su neutralidad.

La novela *Corresponsal de guerra* aborda el paso «De un mundo a otro»²³ a través de un elemento más particular y menos bélico: el de la condición femenina, lo que no es nada raro, ya que, como lo hemos mencionado, esta cuestión aparece constantemente en las historias de amor de la colección. Los numerosísimos historiadores que se han ocupado del asunto²⁴ han demostrado que la primera guerra mundial ha ido cambiando el lugar de la mujer en la sociedad y, más particularmente, en el mundo laboral. Los hombres están en el frente, hay que sustituirlos en fábricas y talleres, y de aquí el recurso a la mano de obra femenina. Y, después del armisticio, no será tan fácil hacer que las mujeres vuelvan a ser «ángeles del hogar» al estilo decimonónico. Muchos hombres han muerto o se han quedado inválidos, por lo que sigue siendo necesaria la mano de obra femenina y muchas mujeres se quedarán solteras a la fuerza, por lo que no tendrán más remedio que seguir trabajando. Así, la necesidad hará cambiar poco a poco las mentalidades.

Todo ello parece que lo intuye ya López de Haro en su obra que es una novela por cartas, con tres remitentes y destinatarios: Víctor, el corresponsal del título, su amigo Leopoldo, también periodista que se ha quedado en Madrid, y Julia, la novia de Víctor. Julia y Víctor parecen muy enamorados, pero, desde los primeros intercambios epistolares, percibe el lector la gran distancia intelectual que existe entre ellos. La carta de él está llena de palabras de amor, pero toca también otros asuntos, como el ambiente que reina en Francia. Ella no entiende nada, lo mismo que no entiende nada de las crónicas que Víctor manda al periódico, y lo dice claramente en una respuesta donde da a su novio algunos consejos de prudencia, y le pide algunas noticias... sobre las nuevas modas de París.

²² *La gesta de la legión*, pág. 10.

²³ Nos permitimos parafrasear aquí el título de la novela de Alberto Insúa, publicada por primera vez en 1916, y que conoce numerosas reediciones. Alberto Insúa es uno de los colaboradores de *La novela corta*, a pesar de no publicar en ella ninguna contribución sobre la guerra.

²⁴ Saldríamos de los límites y del tema de este artículo profundizando la cuestión y multiplicando las referencias, por lo que nos contentaremos con un brevísimo resumen.

Asimismo, Leopoldo, que vive con su mujer en la misma casa que Julia, habla a Víctor de sus problemas conyugales. Él quiere a su mujer, pero mide el abismo espiritual que los separa y los hace desgraciados:

...mi mujer, todo lo buena que quieras, un modelo; pero después de haberme dado seis hijos conserva en su cerebro una hermética e indestructible virginidad. Nos las entregan con la sesera petrificada y no hay cincel ni maza ni barrena que abra un boquete para meter allí una idea.²⁵

Y, como conoce a Julia y sabe que es muy parecida a su mujer, le da a su amigo Víctor estos consejos:

Yo en tu caso aprovecharía esta coyuntura para romper esas relaciones... Te lo aconsejo en bien de los dos: de ella y de ti. Tu morenita ha nacido para ser la mujer cursi e inaseada de un empleadillo que vaya a la oficina y juegue al dominó. Su abnegación llegaría a tanto que perdonaría llorando al marido una repugnante falta de fidelidad física con la fregona; pero tu inevitable adulterio con las Musas, con las ambiciones, con los negocios... ¡Jamás, jamás te lo perdonaría!²⁶

Víctor, en un primer tiempo, no le hace caso a su amigo: «Ese abismo mental que tú dices que existe en España entre el varón y la hembra de la clase media, yo lo terraplearé con muchos besos...». Sin embargo, su posición va cambiando cuando se rompe una pierna a raíz de una caída de caballo y tiene que quedarse largo tiempo en un hospital. Allí lo atiende Lucía, una enfermera voluntaria que ha vivido 15 años en Argentina y habla español, por lo que él le dicta sus crónicas. El retrato físico que Víctor hace de ella no deja de ser significativo:

Lucía es una de esas rubiazas de cuerpo esbelto y opimo a quienes en España solemos llamar «vistasas»: mujer cuyo rostro no es precisamente bello y lo es, sin embargo, gracias a sus gracias. Eso sí, ante todo, Lucía es una muchacha graciosa, agradable, captadora de simpatías.²⁷

En efecto, su belleza va más allá de lo físico: hay que añadir lo agradable de su voz, su inteligencia y su talento para cumplir con su doble trabajo de enfermera y secretaria. Dictarle sus crónicas es para Víctor un auténtico placer:

²⁵ *Corresponsal de guerra*, pág. 9.

²⁶ *Corresponsal de guerra*, pág. 10.

²⁷ *Corresponsal de guerra*, pág. 14.

¡Oh, amigo Leopoldo! ¡Con qué lucidez, con qué disciplina y precisión concateno las ideas y acuden a mi mente las palabras precisas! ¡Qué bien se expresa uno así, horro del trabajo material cuando el escribiente es una mujer de talento, que va pendiente de nuestra elaboración, que se suma a ella, que nos adivina la sintaxis, la puntuación, que sabe decirnos en seguida cuál es el sujeto de la oración que hemos incidido, qué adjetivo es el que tenemos que repetir...²⁸

Lucía además posee ideas feministas que hacen reflexionar a Leopoldo:

Esta guerra –dice ella– va a significar, después de todo, y en todas las naciones combatientes, la derrota más cabal e ignominiosa del sexo masculino. Van despertando definitivamente de su sueño de arameos y de su servidumbre casi todas las mujeres de Europa. Queda probado que podemos hacer mucho, que nos bastamos a nosotras mismas y que era humillante vivir a cuenta de los hombres. Dejemos de ser carga y lujo. Era una insensatez que se perdiese nuestra actividad. En lo sucesivo, amigo mío, seremos iguales. Hemos gustado lo hermosa que es la vida con trabajo y libertad y no será posible someternos otra vez. De hoy más el matrimonio habrá de cambiar esencialmente. [...]

Yo, oyendo a Lucía, me acuerdo de tí, Leopoldo. Y de tu mujer... y... ¿lo digo?..., de mi novia.²⁹

La inevitable comparación juega en desventaja de Julia, que percibe, tanto en una crónica titulada *la mujer nueva* como en las cartas de su novio, que éste ya no la quiere. Pero algunas fórmulas de su carta de despedida dejan entrever su incapacidad para progresar:

Eres tú mucho hombre y muy moderno para resignarte a vivir con una necia honrada. Siempre he visto que te tiraba la desvergüenza. Una cupletera que sepa francés y que no sepa pegarte un botón, aunque sí pegártelas, es lo que te conviene. [...]

Anda allá con tus franchutas oxigenadas y sigue tu carrera de escritor, que no hemos de tardar en verte comido de piojos como a otros amigotes tuyos.³⁰

Víctor se ha contagiado de las ideas feministas de Lucía y se va enamorando de ella. No tanto de sus encantos físicos, a pesar de que son reales y no le dejan indiferente, sino de su inteligencia y del hecho de que esta mujer puede ser a la vez su confidente sobre los temas más delicados, su enamorada y su colaboradora. Total,

²⁸ *Corresponsal de guerra*, pág. 15.

²⁹ *Corresponsal de guerra*, págs. 14-15.

³⁰ *Corresponsal de guerra*, pág. 20.

un amor más completo que el que ha sentido por Julia, una muñeca bonita a la que solamente deseaba poseer.

¿Evolucionará la sociedad española lo mismo que la sociedad francesa? Es la pregunta que se hace Víctor después de dictar a Lucía su crónica *la mujer nueva*, pero el final deja entrever que no será nada fácil. Lucía, primero, rechaza las propuestas matrimoniales de Víctor: lo quiere, se lo confiesa, pero, dice: «hice a mi Francia el voto de mi sangre, y yo no he de ser madre más que de franceses». Asimismo, muere el bebé de Leopoldo, víctima de la atención equivocada que, por ignorancia y terquedad, le ha prodigado su madre, y Víctor se entera, por su amigo, de que Julia se arrojó por el balcón. Como dice Leopoldo, «Ella ha sido la primera víctima del nuevo gran combate que ahora empieza...», el gran combate por el mundo nuevo que saldrá de la guerra, como lo dice Lucía:

Es la guerra, la guerra que en sus fraguas está forjando la mujer de mañana. ¡Se acabó la mujer de trapos! ¡Se acabó la mujer cuya sabiduría estribaba en entender de trapos, en coser, en remendar! ¡Se acabó el pájaro veleidoso que sólo piensa en su plumaje! [...] La guerra nos ha franqueado las páginas de la ciencia y las puertas del taller. ¿Quién nos reducirá otra vez al gineceo?³¹

En este combate no puede dejar de participar España, aunque no ha participado en la guerra.

En conclusión, a través de las novelas de su corpus que tratan de la «Gran Guerra», *La novela corta* parece reflejar las opiniones de muchos de los españoles de a pie, sus lectores potenciales: ellos han tenido y siguen teniendo muchas ocasiones de hacer la guerra y aspiran lógicamente a la paz. Por ello se puede notar primero la insistencia casi unánime en denunciar la guerra como un cúmulo de horrores que, además de segar vidas jóvenes e inocentes, que podrían ser útiles a su familia y a su patria, revela lo peor que hay en la naturaleza humana. La guerra no es bella ni fomenta el heroísmo, a no ser el de los que no tienen más remedio, que cumplen con su deber y su conciencia como pueden: los soldados, que han de responder a la fuerza a la agresión y obedecer las órdenes, o las enfermeras, que hacen todo lo que pueden para salvar a los heridos.

Frente a la contienda los españoles son neutros, conforme a una verdad histórica que *La novela corta* no tiene más remedio que respetar, pero siempre observan las cosas desde el campo francés, lo que produce una empatía con éste. No se critica mucho a los alemanes –tal vez para no violar la neutralidad–, pero se deja bien claro que ellos son los agresores, en nombre de valores que despiertan poca adhesión entre

³¹ *Corresponsal de guerra*, pág. 19

nuestros autores, y es legítimo que los franceses se defiendan. Se valora también el hecho de que unos españoles voluntarios vayan a prestarles su ayuda.

Pero, más allá de esta neutralidad aliadófila, los españoles sienten un enorme interés por una contienda que está cambiando la configuración de Europa y que plantea en ella el nacimiento de nuevas relaciones políticas y sociales. De aquí la presencia abundante del tema de la guerra en una colección literaria que no suele interesarse por la actualidad y que, en este caso, parece hacer una excepción.

Lista de las novelas de la colección utilizadas:

Novelas donde la guerra del 14 está en el centro del argumento:

- Nº 81 (21/7/17) Carmen de Burgos: *Pasiones*
- Nº 94 (20/10/17) Rafael López de Haro: *Corresponsal de guerra*
- Nº 315 (24/12/21) Alfonso Hernández Catá: *La patria azul*
- Nº 325 (4/3/22) Enrique Gómez Carrillo: *La gesta de la legión*
- Nº 373 (27/1/23) Mario Roso de Luna: *Kultur und Liebe*
- Nº 396 (7/7/23) Andrés González Blanco: *La aventura de Margot*

Novelas con una presencia marginal de la guerra del 14:

- Nº 4 (5/2/16) Emilia de Pardo Bazán: *La aventura de Isidro*
- Nº 416 (24/11/23): Augusto Martínez Olmedilla: *Aquiles López*

Novelas que tratan de otras guerras:

Carlistas

- Nº 1 (15/16/16) Benito Pérez Galdós: *Sor Simona*
- Nº 388 (12/5/23) Augusto Martínez Olmedilla: *El precio de una vida*
- Nº 476 (10/1/25) Roberto Molina: *La mula perdida*

Imaginarias

- Nº 2 (22/1/16) Joaquín Dicenta: *El hijo del odio*
- Nº 299 (3/9/21) Sofía Casanova: *Episodio de guerra*
- Nº 460 (27/9/24) Roberto Molina: *El factor negativo*

Revolución rusa

- Nº 181 (21/6/19) Cristóbal de Castro: *Un bolchevick*
- Nº 348 (5/8/22) Sofía Casanova: *Valor y miedo*

Bibliografía citada

Magnien, Brigitte *et al.*, *Ideología y texto en El cuento semanal*, Ed. de la Torre, Madrid, 1986.

Mogin-Martin, Roselyne, *La novela corta*, CSIC, Madrid, 2000 (col. Literatura breve n° 4).

Monteagudo, 3ª época, n° 12, Universidad de Murcia, 2007.

Sánchez Álvarez-Insúa, Alberto, *Bibliografía e historia de las colecciones literarias en España (1907-1957)*, Asociación de librereros de viejo, Madrid, 1996.